Abril 1894 Núm. 4

LA FRATERNIDAD UNIVERSAL

(SEGUNDA ÉPOCA DE «EL CRITERIO ESPIRITISTA»)

AÑO XXVII DE SU PUBLICACIÓN

Organo Oficial de la Sociedad de este nombre

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS

SUMARIO

EL ESPIRITISMO

ES LA CIENCIA DE LAS CIENCIAS

(CONCLUSIÓN.)

Hoy se admiran las poderosas facultades, los penosos trabajos y la tenaz constancia de aquellos misteriosos magos excrutando los secretos de la naturaleza, y no debe extrañarse que en sus profundas concentraciones mentales y en sus arrobamientos espirituales penetrasen con admirable intuición en los destinos de los seres, y adquiriesen, por inspiración de elevados espíritus conocimientos filosóficos superiores, interpretados de conformidad con su escasa y especial instrucción científica. Estos conocimientos, por incompletos que fuesen, eran base suficiente para poder remontarse por deducción lógica á las causas primeras, hasta llegar á concebir un Ser Supremo, actuando sobre el curso de los astros y el destino de los seres, supeditados al influjo casuístico del cosmos, representado para ellos en las constelaciones celestes. Producto de estas observaciones seculares y de la exaltación de la mente, confundida ante la magestuosa grandeza del universo, fueron los códigos judiciarios, consignados en las ciencias ocultas, con sus fórmulas cabalísticas, culti-

vadas en los templos de Oriente, y más tarde en los ocultos laboratorios de los alquimistas de la Edad Media.

A través de los tiempos, la ciencia ha conseguido secularizarse, pero siempre el sacerdocio de todas las sectas religiosas ha propendido á erigirse en casta privilegiada, para monopolizar la ciencia y explotar los poderes mundanos, y cuando esto no consigue, prefiere anatematizar el progreso y favorecer la ignorancia, á debilitar su influencia autoritaria. Los ideales religiosos se convierten en símbolos humanos, fomentando la idolatría que ha venido cultivándose en distintas formas, según las necesidades de los tiempos, reflejándose sus errores en las teogonias imperantes y en las teologías elaboradas, discutidas y reformadas en beneficio de cada secta religiosa.

Sin embargo, en el fondo de las múltiples formas que aparenta el culto externo, se descubre todavía el origen simbólico de las primitivas religiones, inventoras de las deidades antropomorfas, y para aclarar aquellos embolismos teogónicos, informados en diversas escuelas filosóficas rivales, panteistas unas dualistas otras y todas fatalmente casuísticas, aparece hoy la ciencia oculta de la magia antigua, con el enfático nombre de «Teosofía» (Sabiduría de Dios), con la extraña pretensión de sobreponerse á la ciencia enciclopédica de los siglos, que es tanto como negar el progreso y retrotraer los conocimientos humanos á las edades del ocultismo sacerdotal, que con tanta y tan divina sabiduría han dejado abandonada durante luengos siglos, á la desgraciada humanidad, entregada al culto fetichista y á los goces sensualistas. Ahora se nos vienen los ocultistas modernos, descubriéndose á la moderna, adornados con aquellas ocultas galas vistosamente remendadas con hermosos retazos de las modernas ciencias positivas, que entonces no existían ni podían existir.

Algunas de aquellas lucubraciones metafísicas, entonces sin valor real, se han aclarado con la ciencia actual, como se han dilucidado muchos misterios y muchos milagros, antes tenidos por hechos sobrenaturales, y esto basta para deslumbrarse con los destellos de una ciencia obscurecida durante siglos, hasta que la ha iluminado el siglo de las luces.

La pretensión de los teosofistas es asaz, atrevida y pretenciosa, querer sobreponer la ciencia que ha inspirado la religión de los Brahamanes y Buhddistas á la ciencia positiva que proclama la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas.

Contra esta invasión de ideas anacrónicas, hay que oponer las verdades científicas experimental y racionalmente demostradas, para patentizar que esa supuesta ciencia divina está oculta en símbolos cabalísticos y en raciocinios tan lógicos como el siguiente:

«La humanidad espiritual en su origen, desciende sucesiva y paulatinamente á la materia, hasta encontrarse completamente envuelta en ella hacia la mitad de su carrera, á su paso por el cuarto globo, el mundo de los sentidos que al presente conocemos. Este paso á través de la cadena planetaria, se repite siete veces consecutivas, estableciendo, por lo tanto, una marcha circular alrededor de los siete globos, y determinando siete rondas, las cuales cons-

tituyen los siete grandes cielos en que se divide la total evolución humana.» (1)

En el artículo de donde hemos copiado este párrafo, se hallan afirmaciones más peregrinas, y así se comprende que la teosofía haya producido tan escasos frutos científicos y morales, y que si ahora reaparece con alguna transcendencia religiosa es debido á la forzada interpretación que sus modernos admiradores han dado á los simbolismos orientales, para acomodar las fantásticas vaguedades filosóficas á los conocimientos positivos de la ciencia acumulada por la humanidad terrena. Sin embargo, el espiritismo, la ciencia de las ciencias, admitirá todo lo que de racional contenga la teosofía, en confirmación del carácter enciclopédico que distingue á la ciencia espiritista.

Enfrente de estas perturbaciones mentales, ocasionadas por exceso de mística credulidad, que raya en fe ciega, tenemos que combatir también otras teorias lamentables y desoladoras, difundidas por los materialistas, pero refiriéndonos á los hechos que más de cerca atañen al espiritismo, debemos hacer notar que todas las investigaciones psico-físicas practicadas por sugestion hipnótica, se atribuyen por los flamantes sucesores de Mesmer al influjo de la voluntad, obrando sobre una supuesta fuerza psíquica, no comprobada, y esta hipótesis ni es materialista, ni satisface á la razón, puesto que, si se niega la existencia del alma, deben los materialistas conceder á la materia todos los atributos esenciales del espíritu, tanto intelectuales como afectivos; y si quieren sostener la fuerza psíquica, han de atribuirla á un elemento psicológico, dilema difícil de resolver por la experimentación fisiológica.

De todo esto, resulta que los teósofos, tratando de reivindicar su abolengo espiritualista, invaden el campo materialista, mientras que los materialistas, asombrados de la sutileza y energía de los dinamismos anímicos, inventan peregrinas teorías sobre las fuerzas orgánicas y el funcionalismo cerebral, suponiendo acciones y reacciones intercelulares, que producen el pensamiento abstracto, la ciencia, la virtud, el odio, la envidia, la verdad, la mentira, etc., obedeciendo al determinismo de las sensaciones.

Unos y otros se colocan fuera de la realidad, y con sus extravagancias imaginativas, trastornan la razón y pervierten el sentimiento. Afortunadamente el Espiritismo, *la ciencia de las ciencias*, demuestra la naturaleza del espíritu, y con pruebas ciertas, sabe á qué atenerse sobre el origen y finalidad del espíritu, el objeto y fin de los mundos siderales poblados por la familia humana, para realizar, gradual y sucesivamente, su progreso infinito.

Los espiritistas que han realizado estas conquistas, auxiliados por la ciencia experimental, desean, y conseguirán armonizar las tendencias antagónicas de los espiritualistas ilusos y de los obcecados materialistas; para ello cuentan, y contarán siempre con los conocimientos acumulados por las generaciones que les han precedido y con el estudio atento y sin prejuicios, de los fenómenos

(1) Primer número de la revista teosófica *Sofía*.

apreciables en la vida de relación, que solidariamente mantienen y desarrollan entre sí todos los seres y todos los mundos que pueblan el universo infinito. Con este amplio y rectísimo criterio, aspiramos á la sistematización de las ideas, á la identificación del sentimiento religioso y al reinado de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad en toda la superficie del planeta. De esta suerte, obedeciendo á la eterna ley del progreso, avanzará ordenadamente la humanidad terrena hacia la Verdad Absoluta.

Tomás S. Escribano.

JUANA DE ARCO

(Conclusión.)

—Os engañáis, Juana—repuso Carlos—yo no soy el rey; lo es el que está sentado en el trono.

—Por Dios santo—repuso la doncella—no queráis engañarme, príncipe mío. Vos sois el Delfín. Vos y no ningún otro.

Un murmullo universal de asombro se hizo oir en la concurrencia, y Juana prosiguió:

—¿Por qué no me dáis crèdito, gentil Delfín? Yo digo á vuestra alteza que tenga fe en mis palabras, que el Señor se ha apiadado de vos y de vuestro reino, porque San Luis y Carlo-Magno están de hinojos ante su trono orando por vos. Y además, señor, yo os diré, si os place, tales cosas, que conozcáis que debéis creerme.

Carlos entonces, llevándosela á un oratorio, vecino á la sala del Consejo, en que la había recibido, díjole:

—Ya estamos solos; Juana, habla.

—No pido más, señor—contestó ella—pero si os digo cosas tan secretas que solo Dios y vos podáis saberlas ¿tendréis, en fin, confianza en mí, y creeréis que es el Dios del cielo el que me envía?

—Sí, Juana—le respondió el rey.

—Pues bien, señor—prosiguió la doncella—el último día de Todos los Santos, estando solo en vuestra capilla del castillo de Lodges, ¿no pedisteis á Dios tres gracias?

—Así es la verdad, Juana; acuérdome de ello perfectamente—contestó Carlos.

—¿Habéis revelado á alguien, á vuestro confesor siquiera, lo que entonces pedísteis?

—Nunca.

—Pues bien, señor, yo voy á deciros qué tres gracias fueron las que de Dios solicitásteis.

«La primera, fué pedirle á Dios que, si no érais el legítimo heredero de la corona »de Francia, os privara del valor necesario para proseguir la guerra que tanto oro y »tanta sangre está costándole á vuestro desdichado reino.»

«Pedísteis por segunda gracia, que si las calamidades que están asolando la Fran»cia procedían de vuestras culpas y pecados, se dignara el Señor indultar al mísero

»pueblo que está inocente de ellos, y recayera en vos sólo todo el castigo, aunque este »fuera una penitencia perpétua ó la muerte misma.»

«Solicitásteis, en fin, señor, que si era el pueblo quien ante Dios había pecado, se »dignara el Omnipotente recibirlo á misericordia, apiadándose de sus padecimientos »y poniendo término á las amarguras y tribulaciones que doce años ha le vienen »abrumando.»

Oídas esas palabras, quedóse el rey por largo espacio meditabundo, bajando unas veces, para meditar, la cabeza; y levantándola otras para fijar la vista en la doncella, mas al cabo exclamó:

—Verdaderamente, Juana, estáis por Dios inspirada, pues cuanto habéis dicho es cierto.

Quedó, pues, convencido el rey; mas como eso no bastaba, hizo Dios un milagro para que lo quedaran los demás también.

Al salir Juana del Consejo, un soldado, hombre grosero y brutal, á quien le pareció bella, dejóse ir sin freno á expresar su mal pensamiento con licenciosas palabras y un sacrílego juramento.

—¿Cómo te atreves, desdichado—exclamó la doncella con tristeza—á renegar así de tu Dios, estando tan cercana la hora de tu muerte?

Pocos instantes después, llevando su caballo al abrevadero, cayó al agua el blasfemo y se ahogó.

En este tiempo Orleans ponía el grito en el cielo pidiendo socorro; y Dunois, defensor de la ciudad sitiada, pedía que le mandasen á Juana, pues el rumor que se había extendido sobre la misión de esta, se había hecho tan general, que los sitiados cifraban en ella su salvación.

Se organizó la comitiva de nuestra heroína, que se componía de un caballero de los del séquito del defensor de la ciudad sitiada que se llamaba Juan Daulons, un paje, dos heraldos, un maestresala, dos mozos de á pie, su hermano Pedro y el confesor fray Juan Pasquerel.

El capitán Baudricourt había regalado á Juana una espada, pero no quiso servirse de ella, diciendo que quería hacer uso de una tizona que se hallaba enterrada detrás del altar de Santa Catalina en Fierbois, como así sucedió.

Provista ya de todo lo necesario, partió Juana armada de punta en blanco, como novel caballero, ginete en un negro corcel, ceñida la espada de Santa Catalina, pendiente el casco del arzón de la silla, para que se viese su dulce femenino rostro y en una mano un hacha de armas y en la otra un estandarte blanco sembrado de flores de lis.

Decía Juana que no quería servirse de la espada para matar á nadie; aunque la tenía en mucha estima, y prefería mil veces su estandarte.

Advertido Dunois de su llegada, salió á recibirla, y aunque no le había visto nunca, le conoció como al rey en Chinon, y adelantándose hasta él, le dijo:

—Os traigo, ilustre bastardo, el mejor de los socorros, el socorro del Rey de los reyes.

El 23 de Abril de 1429 entró en la ciudad sitiada la doncella; el 5 de Mayo siguiente se levantó el sitio, poniendo á los ingleses en completa derrota. Juana prohibía seguirles para darles alcance, y dispuso que se alzase un altar sobre las murallas y se celebrase una misa para que los vencidos en su retirada pudiesen ver al pueblo dando gracias á Dios por haberlos humillado con el auxilio de una mujer.

Carlos hizo su entrada solemne en Rheims el 15 de Julio del mismo año, y fué consagrado el domingo 17 de dicho mes.

Terminada la ceremonia de la consagración de Carlos VII, se arrojó á sus plantas bañada en llanto la doncella, y le dijo:

—Mi buen rey, ya está cumplida la voluntad de Dios, que me ordenó levantar el sitio de Orleans y conduciros á Rheims para ser ungido y probar que os pertenecía el trono de Francia. Dejadme partir, puesto que ya he cumplido la voluntad del Señor, pues de lo contrario, me sucederá alguna desdicha.

El rey desatendió sus ruegos y la obligó á que se quedara, y desgraciadamente, se cumplieron lo presentimientos de Juana, pues el 28 de Mayo de 1430, habiéndola obligado el rey á combatir delante de Compiegñe, después de una ruda pelea, fué hecha prisionera por los ingleses. ...

Presa y entregada á los ingleses, la cuestión se reducía á encontrar una forma legal para asesinar á la desdichada criatura, y en efecto, se comenzó el proceso el 9 de Enero de 1431, y el 31 de Mayo siguiente fué condenada al fuego, atribuyéndola el falso delito de hechicera......

Llegado el día, se notificó á Juana tan atroz sentencia, advirtiéndola que se iba á poner inmediatamente en ejecución. ¡Puede calcularse la impresión tan profunda que la causaría tan inesperada y terrible noticia!

Entre sus sollozos y amargas quejas decía: ¿Será verdad que tan cruelmente se me trate y que mi cuerpo inmaculado ha de ser hoy mismo abrasado por las llamas y reducido á cenizas?

—¡Ay de mí! Más quisiera ser decapitada siete veces que perecer así en una hoguera! ¡Oh! ¡Yo apelo al Juez Supremo de la cruel injusticia con que los hombres me tratan!

Desahogado su justo dolor, pidió que la confesasen y que se la administrara el Sacramento de la Eucaristía, pero sus verdugos la rehusaron la comunión, porque alegaban para llevarla á la hoguera los crímenes de hechicería; pero el obispo dijo que podía administrársela el Sacramento y cuanto pidiera, y en efecto, comulgó la víctima.

Al retirarse del altar, viendo Juana en su prisión, entre otras personas, al obispo Cauchon, que era quien la había sentenciado, exclamó:

¡Ah, señor obispo, señor obispo! ¿Con que sois vos quien me mata?.........

En esto, avisaron á Juana de que la carreta que había de conducirla al suplicio la estaba esperando.

Acababan de dar las nueve de la mañana, cuando entraron en el calabozo tres ministros de aquel inícuo sacrificio; dos de ellos la desembarazaron de las cadenas que aprisionaban su cuerpo, la sentaron en la carreta, colocàndose á sus lados su confesor fray Martir l'Aducnu y un alguacil de cámara llamado Massieu.

En estos momentos perdió Juana sus esperanzas de salvación, tanto por parte del rey como por sus santos patronos.

Al llegar á la plaza del Mercado, divisó Juana el brasero que era una elevadísima pirámide de leña, para que el suplicio de la víctima se prolongara todo lo posible, para ver si siendo quemada á fuego lento y poco á poco, el intolerable dolor la obligaba á renegar de su Dios ó maldecir de su rey, pero nada de esto sucedió.

Al terminar la ceremonia del sermón ó plática, dijo el predicador:

—¡Id en paz, Juana!—Lo cual quería decir: «Juana, subid á la hoguera.»

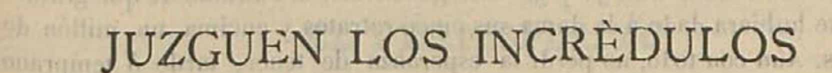
Subida que fué á la pira la ató el verdugo á la estaca de la hoguera, y enseguida la prendió fuego por la base.

Al sentirse abrasar por las llamas, exclamó la víctima:

—¡Agua bendita, agua bendita!—é invocando el nombre de Dios y de Jesús, un grito desgarrador de agonía selló para siempre sus labios.

Esto tuvo lugar el 30 de Mayo de 1431.

BERNARDO ALARCÓN.



JUZGUEN LOS INCRÈDULOS

Un conocido fotógrafo refiere en el periódico *The Habenger of Light* de Melbourne, (Australia) el siguiente interesante suceso:

Durante muchos años he ejercido la profesión de fotógrafo. Un día, y mientras tomaba mi frugal almuerzo, entró en mi taller una dama de rara belleza. Me dijo que deseaba obtener su retrato para proporcionarle un placer á su esposo que lo esperaba vivamente.

Enseguida puse manos á la obra y saqué varias pruebas en diferentes posiciones. Cuando salí de la cámara obscura no encontré á la dama, había desaparecido, y no pensé nada bueno de esta desaparición; temía también con respecto á mis gastos. Sin embargo, acabé el retrato, esperando que la dama volvería de un día á otro por él y me pagaría el trabajo.

En efecto, ella volvió algunos días después. Encontró mi trabajo bien hecho, y por ello hízome algunos elogios; en cuanto á mí, la impresión me parecía un poco débil. En fin, tomando una de las pruebas me la devolvió diciendo:

—Colocadla en vuestra vidriera y escribid debajo «Margarita Arlington.»

Su petición no dejó de sorprenderme un poco, porque en general las señoras no desean nunca ver su retrato expuesto á la vista del público, y me figuré que esta dama sería alguna actriz. Le di las gracias por esto y ella extendió entonces su mano dándome un billete de cincuenta marcos. Como no tenía dinero para devolverle el sobrante, descendí hasta la calle y fuí á casa del tendero para que me cambiara el billete. Lo puse entre sus manos, pero cual no sería mi asombro al preguntarme el comerciante:

—¿Dónde está el billete?

Había desaparecido. Busqué sobre el escritorio, y el tendero y su ayudante hicieron otro tanto, mas todo fué inútil. Volví sobre mis pasos, examinando cada uno de los peldaños de la escalera; pero nada, ni el menor vestigio del billete. ¿Qué iba á decir á aquella dama que esperaba su dinero? me preguntaba. Me decidí á contarle la cosa tal como había pasado.

Pudiera ser que no haya recibido nada, pensé. Entré en mi taller, la dama no estaba allí y las cinco fotografías se hallaban sobre la mesa. ¡Ya podéis figuraros cómo me encontraría!

En fin, logré tranquilizarme pensando que era seguramente una actriz que había usado de esta broma para divertirse á costa mía. De cualquier manera que fuese, tomé la resolución de poner el retrato en mi vidriera, y el resultado fué sorprendente. Atraído por la fotografía de la «Bella rubia,» como se la llamaba, el público afluía de tal modo á mi taller, que esto me proporcionó mucho trabajo y grandes ganancias, al extremo de que gratuitamente hubiera dado á la dama sus cinco retratos y encima un millón de gracias. Aun con todo, no perdí la esperanza de tener, tarde ó temprano noticias suyas, y mis presentimientos se realizaron en efecto.

Un año después, un extranjero, en traje de viaje, entró en mi taller, estaba pálido y agitado.

—Tenéis en vuestra vidriera—me dijo—el retrato de una dama de rara belleza, que se llama Margarita Arlington ¿no es esto?

—Sí, respondíle—ese es su nombre.

—¿La conocéis?—me preguntó.

—No la conozco, sino por haberla retratado. ¿Será ella acaso una persona de vuestra amistad?

—Es mi mujer; pero ignoraba completamente la existencia de ese retrato.

—Pues vez el caso. Esta dama, entrando en mi gabinete, me dijo que su marido deseaba vivamente tener su fotografía, que esto le proporcionaría un gran placer, tanto más, cuanto que estaba separado de ella desde hacía algún tiempo.

El viajero se puso más pálido, y con voz temblorosa me preguntó:

—¿Cuándo ha tenido efecto eso que acabáis de referirme?

—Hace un año.

—Hoy cinco años que ha muerto mi mujer y vos quizás dudaréis de la lucidez de mi espíritu, si os digo que ella se ha presentado la noche última en un sueño, y me ha dicho:

—«Recorre la ciudad, examina las vidrieras de los fotógrafos y encontrarás allí mi retrato.»

El sueño tenía tal aspecto de realidad, que obedecí, y de esta manera he encontrado aquí su fotografía.

Le referí entonces lo que había sucedido en su primera y segunda entrevistas y nuestra convicción fué que era efectivamente su espíritu el que se había fotografiado. Le di las cinco pruebas que entonces me parecieron las más bellas que jamás había obtenido. Él quiso á toda costa pagármelas; yo

rehusé, pero levantándose puso un billete de cincuenta libras sobre la mesa y salió.

Tal es el hecho. Nadie querrá creerme; pero yo afirmo que lo relatado es la pura verdad.

EL PERIESPIRITU

VISTO CON EL MICROSCOPIO

DE «EL BUEN SENTIDO»

Bajo la firma de M. Horacio Pelletier, *Le Messager*, de Lieja, publica una curiosa experiencia hecha por un sabio americano, el profesor Hugues.

Nosotros tomamos el siguiente pasaje:

«Hasta aquí no se hacía uso del microscopio sino para descubrir los infinitamente pequeños, tales como los rotíferos y los microbios que hierven en las gotas de agua, que, para ellos, son inmensos océanos; he aquí ahora que el microscopio sirve para descubrir, para percibir lo que es invisible, intangible, impalpable. Es un periódico americano quien anuncia esta fantástica, pero real invención. No tengo el periódico en mi poder, pero tengo á la vista la reproducción del artículo en que se habla de ese mágico instrumento; yo lo extraigo de *La Luz*, excelente revista italiana, que se publica en Roma, y que cuenta numerosos y serios abonados, como también sabios é ilustres redactores. Para satisfacción de los lectores, traduzco textualmente el artículo del italiano, que á su vez es también una traducción:

«Un ilustre sabio de esta villa, acaba de hacer un descubrimiento destinado á tener mucha resonancia en el mundo científico. Trátase de probar la existencia del alma empleando un método completamente experimental. Poniendo al descubierto uno de los misterios más ocultos de la naturaleza, ese descubrimiento servirá para justificar en cierta medida la doctrina que nos enseña que el alma del hombre no muere.

»Para hacer nuestro relato más claro, daremos el nombre del sabio americano. Llámase el profesor Hugues.

»Este experimentador apasionado, está desde hace tiempo convencido, no solamente de que el alma existe, sino que forma parte de nuestro cuerpo, bajo una forma vaporosa; es la reproducción exacta, ó por mejor decir, la superposición de la sombra sobre el cuerpo que la produce.

»Admitiendo este principio, tratábase, para el profesor Hugues, de comprobar esa dualidad de nuestro individuo. Tal es el punto de partida del sabio americano, y es siguiendo este camino como ha logrado penetrar el conmovedor misterio de la vida y de la muerte.

»Según él, todo cuerpo humano contiene un segundo cuerpo, idéntico, parecido en todo, en su forma impalpable é invisible. Es solamente en el momento en que so-

breviene la muerte del cuerpo material, cuando la sombra que lo acompaña durante la existencia se separa de él, desembarazándose de los lazos carnales y se lanza á las esferas eternas; esta sombra es el alma. Refiramos ahora cómo el profesor Hugues ha sido empujado á semejantes investigaciones.

«Un día,—refiere el profesor—me sentí dispuesto á reflexionar respecto de las quejas de un amigo á quien se había amputado un pié. Experimentaba dolores atroces en la parte que no existía, y añadía que el dolor debajo de la rodilla era tal, que más de una vez se sintió impulsado á extender la mano para coger la parte en que experimentaba el dolor.

»Durante varios años, ese hecho neuropático fué para mí objeto de continuos y largos trabajos. El día en que creí haber encontrado el medio práctico para adelantar mis investigaciones, resolví tentar la experiencia.

»Yo había inventado un instrumento, un microscopio de gran potencia, merced al cual me era posible distinguir el más imperceptib'e microbio del aire. Esta invención me costó mucho tiempo y no menos trabajo; pero en fin, gracias al poderoso instrumento, el problema estaba resuelto á medias. No tenía que hacer sino experimentar.

»Fuí á visitar á un amigo que había perdido un brazo en la guerra de 1863, y explicándole lo mejor que pude lo que deseaba de él, roguéle que pusiese la mano imaginaria sobre una hoja de papel blanco.

»Obrad—le dije—como si tuviéseis todavía vuestro brazo, es decir, colocad la mano que no tenéis sobre esta hoja.

»Mi amigo sonrió, me miró con asombro, y después de algunas palabras de aliento de mi parte, concluyó por acceder á mi deseo. Coloqué entonces el microscopio á una corta distancia de la hoja, y un mundo completamente nuevo se reveló á mis ojos. La mano no tenía ninguna forma palpable, es cierto; pero esta forma, aunque impalpable, era aparente Podía, con auxilio del microscopio, seguir algunos movimientos de los dedos.

»Dejé el instrumento y rogué á mi amigo que mirase á su vez. Aplicó el ojo á la lente, y dejó escapar una exc amación que no olvidaré jamás. Había visto su mano fluídica. Después que la primera impresión de asombro se hubo disipado, le supliqué que escribiese una frase con la mano fantasma. Obedeció.

»Que se juzgue de nuestro asombro, mezclado á una especie de terror, cuando leímos sobre el papel, perfectamente trazado, como el ligero vapor que el soplo deja sobre el cristal, la siguiente frase: «¿Quién sabe?»

Estas son las últimas palabras del artículo, que da mucho que pensar. Sí, sí: ¿quién sabe? Quién sabe, señores aparecidos, y vosotros también, señores invisibles, si vosotros no caeréis también bajo el poder escudriñador del microscopio completamente, como vulgares rotíferos, como simples microbios Nosotros seremos testigos de vuestros hechos y gestos, señores aparecidos; nosotros veremos cómo os conducís y gobernáis en el mundo invisible. Nosotros tendremos el ojo sobre vosotros.

HORACIO PELLETIER.

La Justicia de Dios

SEGUN EL ESPIRITISMO

Tengo que advertir antes de entrar en materia, que el Espiritismo no es una religión, no es una ciencia, no es una filosofía, sino que, como dijo muy bien el malogrado escritor espiritista, González Soriano, «es la filosofía de la ciencia, de la religión y de la moral, pudiendo considerarse como la enciclopedia de las verdades eternas é infinitas que la investigación humana ha podido hasta el día penetrar y conocer.»

Por esta razón, no es posible hacer un Doctrinario, al cual deban sujetarse todos sus adeptos, pues, fuera de los principios fundamentales, cada uno de ellos puede ir á beber las explicaciones de sus dudas á las fuentes históricas, científicas ó filosóficas que más cuadren á su manera de encarar las cuestiones, sin que por ello pueda considerársele como no espiritista.

Hecha esta observación, que tal vez no sea inoportuna, abordemos el tema, objeto del presente escrito.

El puede ser considerado bajo dos puntos de vista: el metafísico y el moral.

Desde el primero se estudia la causa de la justicia divina, y desde el segundo los efectos de esa causa en toda su múltiple variedad, ó por lo menos, en aquellos más salientes que manifiestan con mayor elocuencia el fin á que tienden.

Nos es necesario saber, antes de entrar á estudiar esta justicia, á qué responde su existencia, y, siendo como se anticipa atributo de un ser, de qué manera vive éste, para poder apreciar la acción y manifestación de su propiedad.

Y esto es absolutamente indispensable, pues de opiniones distintas en cuanto á la vida y realización de Dios, se desprenden concepciones por completo diferentes con respecto á la acción de sus atributos.

Dios solo puede ser considerado de dos modos: ó como anterior á su Creación, que empieza en un momento dado, ó como obrando siempre en el Universo.

En el primer caso, tropezamos con el grave inconveniente de que, por muy remoto que supongamos el instante genesiaco del Universo, siempre nos restará una eternidad en la existencia de Dios, anterior á dicho principio, y cuya inmensidad nos será imposible hacer salvar al Ser Supremo, no obstante su potencia suma.

Y en contra de esto no es atendible la objección de que toda obra supone un artífice, pues apoyándonos en ella, juzgaríamos igualmente lógica la creación del mismo Dios, remontándonos de este modo por una escala de Dioses engendradores, á cuya cima no llegaríamos nunca.

Nos resta la creencia en la acción constante de Dios sobre los seres y las cosas, que juzgo mucho más razonable, pues al menos se le concede un

medio de realizar su actividad y hacer sensibles los atributos que naturalmente deben distinguirlo.

De este modo comprenderemos cómo todo debe ser regulado por la divina justicia, sin tener que pasar ante un tribunal que pese las acciones buenas ó malas, porque si la sustancia divina actúa en cada momento en todos los casos, se manifiesta constantemente su justicia con la invariabilidad que ha de serle característica.

El Universo debe ser entendido como el cuerpo de Dios, en el cual se realiza su espíritu, animándole, dándole vida, sin lo que no podría existir; y no suponerle como viviendo por sí mismo, aislado de todo principio generador. Así, pues, la única existencia *que es por sí y en sí*, es la de Dios; todo lo demás vive *en él y por él*, como un resultado de su vida.

Ahora bien, Dios no tiene más atributo que el de la absoluta perfección que debe comprenderse como el conjunto de todas las infinitas perfecciones relativas posibles en cada grado de progreso.

La justicia, lo mismo que la bondad, no son atributos distintos de la perfección; Dios es justo y bueno porque es perfecto.

Dios, pues, obrando constante y simultáneamente sobre todas y cada una de las partes del Universo y en todos y cada uno de los momentos, tiene por necesidad que hacerlo manifestándose tal como es; es decir, perfecto en absoluto, y por lo tanto justo y bueno.

Para que el Todo exista, es preciso que sea perfecto, y para que esto ocurra es necesario que sea animado y compenetrado por Dios, que es la perfección absoluta.

Pero, se me dirá, en la mayor parte de los acontecimientos, y en particular en aquellos originados por los seres, se notan imperfecciones que no están de acuerdo con la idea de la acción constante de Dios sobre las cosas.

A esto contestaré que cualquiera de los hechos que se estudien ó consideren y que, á primera vista, nos aparecen injustos ó imperfectos, si buscamos su verdadera causa hallaremos que son hijos de la más estricta justicia, y por consiguiente, de la mayor perfección. No hay uno solo que nazca de la arbitrariedad ó el acaso; si uno hubiera bastaría para destruir la teoría expuesta.

Existen multitud de pruebas en favor de la perfección general y particular del Universo, y si no se comprenden ó no se notan es por falta de acepción en que se toma lo perfecto en absoluto que, como antes he dicho, es el conjunto de todas las infinitas perfecciones relativas posibles.

En efecto, Dios en cualquiera de sus manifestaciones debe obrar como es, es decir, con absoluta perfección y absoluta justicia. Si en cualquier caso se determinase de otro modo, dejaría de ser absolutamente perfecto y absolutamente justo. Ahora bien, si el Universo es obra de Dios, debe presentar los mismos caracteres que su autor, y por consiguiente, ha de ser justamente perfecto. Esto es, considerando á Dios anterior á lo que se llama su obra.

Suponiéndole realizándose en el Universo, diremos, que consintiendo la absoluta perfección en la suma de todas las perfecciones posibles en todos los medios imaginables, Dios se manifiesta en la Creación en todos los grados concebibles de perfección, y como esta es inseparable de la justicia, en todos los grados concebibles de la justicia.

Todo lo expuesto tiende á demostrar que la justicia divina, según el

Espiritismo, que es la filosofía de la verdad, es la acción de Dios en todos los instantes y en todo el Infinito, manifestándose su perfección en cada acontecimiento, en la no posibilidad de ser de otro modo, y su justicia y su bondad como condiciones *sine quâ non* de su perfección.

Aquí debería terminar este trabajo, pues después de lo dicho, ya nada debería añadirse para el desarrollo del tema; pero puede aún ser tratado en su aspecto moral, que no es sino la comprobación práctica de esta doctrina, lo que haré más á la lijera todavía, porque de no, me vería precisado á hacer un estudio previo del espíritu, del por qué y el cómo de su existencia y del modo de realizar su progreso, que es su ley, por el bien que es su medio.

Así, por ejemplo, me sería necesario hacer constar que el espíritu en su marcha progresiva no se depura ó se desprende de imperfecciones, como es corriente decir, sino que es una entidad, sea cual fuere su origen, que encierra en sí los infinitos gérmenes de infinitas facultades que va desarrollando armónica y sucesivamente, siendo sus actos la manifestación de su vida en cada grado de su desarrollo.

Por eso, aun cuando todo está sujeto á la ley del bien y de la perfección, cada ser es relativamente perfecto en cada grado de su progreso, por lo que es imposible juzgar los actos de todos los individuos, según una regla fija.

De aquí resulta que lo que para unos es contrario á la moral sea lo más natural y lógico para otros, sin que por eso creamos que la responsabilidad haya de ser la misma en todos los casos.

Cada ser, tiene, según su grado de elevación, una ley de bien que es capaz de comprender y á ella tiene que ajustar todos los actos. Los que comete en su transgresión dan origen á una serie natural de consecuencias que hacen sufrir á manera de un castigo á su autor; así como aquellos actos que ejecuta amoldados á la ley de bien que conoce, dan lugar á otras que produciéndole satisfacción, vienen á ser una especie de premios de su conducta, quedando así manifiesta la invariable justicia de Dios que quiere que nosotros mismos seamos nuestros propios jueces.

¿Y de qué modo se manifiestan esas consecuencias? ¿quién las prepara, las ordena y las rige?

La vida misma, la existencia que es de esa manera. Todo efecto tiene una causa, así como toda causa se traduce en sus efectos. Estos responden invariablemente á las causas que los producen, siendo la vida del Universo una serie no interrumpida de causas y efectos perfectamente enlazados y en lo que consiste su perfección y por lo tanto su justicia.

El acto malo que cometemos considerándolo así, tarde ó temprano se traduce en mal para nosotros por esa ley inexorable. ¿Cómo? ¿en qué momento? no importa saberlo, el hecho es que ello se produce sin apelación.

Entonces, se dirá, ¿el hecho malo que ejecutamos que esté fuera de la jurisdición (permítaseme la palabra) de nuestra ley de bien, no tendrá consecuencias maléficas para nosotros, ó no tendrá consecuencia ninguna?

Como ya he dicho, no hay acontecimiento ó hecho que no sea causa, pero en este caso, si bien esos actos tendrán sus consecuencias, no serán perceptibles para nosotros, por lo menos, en lo que tengan de malas, porque si el efecto es de la misma naturaleza que la causa, no apreciando la de esta no podemos apreciar la de aquel, y esto por una justicia que no

permite el castigo del mal inconsciente y que está en oposición con la católica expresada en el adagio: «el que inocente peca, inocente se condena.»

Hé ahí la realización del ideal de la verdadera justicia que asigna á cada individuo el grado de castigo por el de culpabilidad y éste por el de responsabilidad.

Hay quien supone á Dios juzgando á los seres y rodeado de una corte de espíritus puros que le sirven de emisarios y ejecutores de sus fallos, preparando y coordinando vidas expiatorias y de misión, presidiendo la vida del Universo desde un trono olímpico, concediéndosele á lo más que pueda ocuparse de la creación de los espíritus.

Esta es, á mi juicio, una concepción muy pobre del Ser Supremo, porque se supone que el Universo pueda existir por sí mismo, y se convierte á los seres precisamente más adelantados en una especie de mandaderos, fijando un límite á su perfección.

Solo dentro del Espiritismo se encuentra la verdadera noción de la justicia divina, sin privilegios ni concesiones de ningún género, y esto porque al revés de todas las religiones positivas, concibe á Dios dentro de su Creación, obrando con amorosa solicitud y á la par sobre todo el Todo, sin predilecciones, realizándose así en la ley del amor universal.

Y si la teoría de las causas sucesivas no es sustentada por las demás creencias religiosas, es porque carecen de la base de la reencarnación que nos explica todas las diferencias aparentemente ilógicas, todos los sufrimientos aparentemente inmotivados, todo el desnivel social que parece tener origen en lo absurdo y arbitrario.

Las ciencias concurren al conocimiento de la naturaleza y al aprovechamiento de sus fuerzas en bien del hombre, coadyuvando al progreso intelectual de la humanidad, dándole los medios para desarrollarse en esferas más elevadas, persiguiendo fines más útiles y venciendo los obstáculos que le oponen los elementos y las distancias;—pero la reencarnación comprobada prácticamente por la comunicación material continuada de los espíritus con el mundo de los mortales, tiene trascendencias más grandes, consecuencias más sublimes, porque nos da el conocimiento de nosotros mismos, el de nuestra vida, el de nuestro fin, nos revela nuestro presente y nuestro porvenir, nos da el dominio sobre el tiempo y el espacio y sobre nuestro yo, nos hace dueños de nuestro progreso, de nuestros sufrimientos y de nuestra felicidad, y como corolaría, nos da la concepción más acabada y perfecta de la justrcia de Dios que no deja sin castigo el más pequeño de nuestros actos bajos, ni deja sin premio la menor de nuestras acciones buenas.

Por eso el espiritista, aún más que los demás seres de este mundo, está obligado á marchar siempre por la senda de la moral y del deber, porque estando en posesión de la verdad no puede, para satisfacer al juez inexorable de su conciencia, alegar ignorancia de las consecuencias de sus actos. Sabe perfectamente que el que mala semilla siembra no puede recojer buenos frutos, que el que abriga en su pecho el odio no es posible que infunda cariño, que, en fin, la ley suprema qne rije todos los mundos y todas las humanidades es la ley del amor, por la que los seres del Universo forman una gran familia que tiene los mismos ideales, iguales medios é idénticos destinos.

Además, los espiritistas deben darse cuenta de que tienen una obliga-

ción más que sus hermanos de la tierra, una misión sagrada que cumplir y cuyos trascendentales resultados serán el premio de su trabajo; á ellos les está encomendada la regeneración social por la propaganda de su doctrina y sobre todo por la práctica y cumplimiento de sus prédicas, pues estas poco valen si no van acompañadas del ejemplo que es lo que mayor fuerza les da, porque prueba el convencimiento de quien las propaga.

Y cuando la humanidad se convenza de que existe un más allá en el que se continúa la vida del presente, cuando comprenda que ni el menor acto ni el más pasajero pensamiento se pierden, cuando crea que su ley es el amor y el progreso infinito;—empezará su moralización á grandes pasos, y unos por sentimientos y otros por egoismo, unos por amor y otros por miedo, poseyendo el íntimo convencimiento de que la justicia divina se cumple siempre que se manifiesta en todo, realizarán el bien que puedan según lo comprendan, propendiendo así al perfeccionamiento armónico de la humanidad terrestre y á su felicidad relativa en cada uno de sus grados.

Juzguen, pues, los espiritistas si será grande su responsabilidad moral en el caso en que descuiden la misión que las circunstancias les imponen, su conciencia les reprochará, no por haber hecho mal, sino por haber dejado de hacer el bien pudiendo.

Este sería el primer efecto de su falta, pero no el único. Tendrían que sufrir el dolor de ver á la humanidad en el mismo grado de atraso moral y al que naturalmente habrían de estar encadenados, avivado por el remordimiento de haber tenido en sus manos la fuerza impulsora del movimiento progresivo de la gran familia astral á que pertenecen y no haber hecho de ella el uso que su razón les dictaba.

Los espiritistas son los llamados á combatir el excepticismo que, en realidad es el más lógico en este período de descomposición de las religiones; y yo comprendo que el se extienda y se propague entre las clases más ilustradas dada la falta de lógica que caracteriza á los principios de las religiones positivas; yo de mí se decir que, de no ser espiritista, sería excéptico, pues jamás podría concebir un Dios tan mezquino y personal que fuese capaz de vender su justicia y de abrigar en sí la pasión de la venganza.

M. Besnard

Crónica

Con el fin de dar amenidad á su biblioteca, *La Irradiación*, revista de estudios psicológicos, va á publicar un drama en un acto y en verso, original de Rafael Serrano Sánchez de León, individuo de la delegación de Ronda y representante que fué de algunas corporaciones de aquella ciudad en los congresos espiritista y libre pensador celebrados en Madrid el año 92.

Esta obra, de carácter progresivo en el orden de las ideas, creemos merecerá la aprobación de nuestros lectores por el sentido moral en que está inspirada.

Los ejemplares se expenderán en la redacción del citado periódico, Hita, 6, al precio de cincuenta céntimos de peseta.

Orazio Flacco de Verona, anuncia que el profesor Richet, cuando vaya á Roma, para asistir al congreso médico, concurrirá con el Dr. Sant Angelo á una sesión de experimentación que se dará en la Academia de Espiritistas, de la que es secretario el doctor Hoffmann.

Ha desencarnado el hijo primogénito del profesor Cesar Lombroso.

Deseamos al espíritu, libre de las trabas materiales, rápido progreso.

La Revista Espiritista de la Habana ha publicado en su último número el retrato y biografía de la notable medium norteamericana, Mrs Magie Waite.

Vamos á trascribir los dos últimos párrafos, sintiendo que la falta de espacio no nos permita copiar toda la biografía.

«La corrección y autenticidad de muchas de sus públicas ex perimentaciones, han sido reconocidas y probadas en el acto ó después, por los extranjeros á quienes fueron dadas. Pocas de esas pruebas se han publicado, pero pueden hallarse algunas de ellas en *The Carrier Dove*, de San Francisco, fonográficamente trasmitidas por George Hawres.

»La señora Waite es una *medium* consciente y honrada, tomando á su cargo cualquier trabajo que se le confíe con un sincero y ardiente deseo de hacer el bien, á fin de llevar á las almas desgraciadas y que dudan el convencimiento de la vida espiritual, que trae la paz, el consuelo y la satisfacción, que no se hallan en ninguna otra doctrina.»

Por falta de espacio, no podemos, hasta el próximo número, dar cuenta de la velada realizada en esta Sociedad, en honor de Allan Kardec, el día 31 de Marzo.

Hemos recibido los cuadernos 9, 10, 11 y 12 de la biblioteca de la Revista Psicológica *La Irradiación*, que se dedica á la publicación de las obras más importantes de Espiritismo, Magnetismo é Hipnotismo, impreso en letra grande y tamaño 8.° prolongado.

En la actualidad está dando á luz la obra titulada *El libro de los Espíritus* de Allan Kardec, traducida de la 35ª edición francesa.

Se publican cuatro cuadernos mensuales de 32 páginas, costando la suscripción seis pesetas al año.

La Administración se halla establecida en la calle de Hita, 6, bajo. Madrid.

En el presente mes repartiremos á nuestros asociados que estén á cubierto con el tesoro, el libro *Catecismo de mis hijos*, del reputado escritor Sr. Huelves Temprado.